

la Grecia, é ilustran á Roma, llenando los siglos de Pericles y de Augusto.

Las bibliotecas han desaparecido con sus estantes de marfil y de cedro, con sus estatuas y sus columnas y sus mosaicos: los volúmenes, guardados en ricos estuches con adornos de oro, embellecidos con minio y pinturas primorosas, protegidos por discos esmaltados y llenos de pedrería, también se han perdido; el espíritu, que anima aquellos volúmenes, es lo único que sobrevive; la luz del pensamiento no se ha apagado. Roma pagana fundó aquellas bibliotecas: Roma cristiana salvó en los siglos de confusión y de barbarie los restos preciosos de la ciencia y de la literatura antiguas. Ya hemos visto en otro capítulo que la historia de las bibliotecas es la historia del Pontificado.

IV.

Los templos y monumentos de la época de los reyes y de la República, que cubrieron la region del Aventino, fueron en gran número restaurados y engrandecidos en los días del imperio. Á todos, puede decirse, ha igualado la ley inexorable de los siglos. Por cualquiera parte que descendamos de la colina, tendremos nuevos motivos de estudio; esta region de la libertad en todas sus manifestaciones, es (no hay que extrañarlo) la más abundante en ruinas. Pero ántes de abandonar la cumbre, descansenos con plácida alegría ante los monumentos cristianos que la purifican y ennoblecen.

Sobre las ruinas del templo de Juno álzase la iglesia de Santa Sabina, ilustre romana del siglo II, que, confesando la doctrina del Evangelio, y sufriendo valerosamente el martirio, santifica aquel lugar, donde por tanto tiempo se habia dado culto á los ídolos del paganismo. La pequeña iglesia, que en el siglo V levanta un presbítero ilirio en honor de la gloriosa mártir, será, andando los tiempos, uno de los más memorables

santuarios de la cristiandad. Santa Sabina es la cuna del orden de predicadores; su recuerdo va unido al de Santo Domingo de Guzman, una de las más altas y de las más legítimas glorias de la católica España. ¡Qué dulce es recorrer en Roma las páginas allí escritas de nuestra preclara historia! No hay colina que no guarde algún testimonio de la grandeza de nuestros padres y de nuestros reyes; no hay Basílica donde no esté grabado el nombre de algún español insigne!

El ilustre, el verdadero Guzman, que habia establecido su primera casa de religiosos dominicos en la via Appia, junto á la iglesia de San Sixto *in Piscina*, vió pronto crecer y agrandarse su comunidad, y obtuvo del Papa el convento de Santa Sabina, que desde entónces apenas ha visto interrumpida la serie de sabios y de santos moradores. Allí ha estado nuestro esclarecido compatriota San Raimundo de Peñafort, el sabio de las *Decretales*; allí Santo Tomas de Aquino, el ángel de las escuelas; allí San Jacinto, lumbrera de la Polonia: allí San Pío V, el augusto aliado de nuestro Rey D. Felipe, para librar definitivamente á Europa de las invasiones del islamismo: allí, por último, en los tiempos modernos, el padre Laccordaire, el restaurador en Francia del orden de predicadores, y el predicador más elocuente de la Francia. ¿No es verdad que, si para todo espíritu cristiano tiene grandes encantos esta santa casa, los tiene muy especiales para el espíritu cristiano español?

La iglesia, que conserva la genuina forma de las Basílicas antiguas, consta de tres navés: la central parece guardada por la tumba de un español ilustre, contemporáneo de Dante y de Santo Tomas, Munio de Zamora, octavo general del orden de Santo Domingo, que murió en el año 1300. La capilla de Santo Domingo está ricamente adornada con mármoles preciosos y delicados mosaicos por la munificencia de los reyes de España. El cuadro, que representa á la Virgen del Rosario, con Santo Domingo y Santa Catalina á los lados, pasa por ser la obra maestra de Sasoferrato.

El claustro del convento es un gran pórtico cuadrado, que sostiene ciento tres columnas pequeñas. La humilde celda,

que habitó Santo Domingo, es una devota capilla; otra capilla, adornada de estucos, es la celda en que vivió muchos años el dominicano Ghislieri, que despues fué Pontífice Pío, sucesor de Pío IV, y más tarde San Pío V.

En el jardín del convento, que ofrece una vista tan bella como la de todas las colinas de Roma, da todavía sombra y fruto y el delicioso aroma del azahar, un árbol plantado por Santo Domingo. ¡Cuántos recuerdos se asocian á aquel jardín y á la sombra apacible de aquel árbol! Los renombrados jardines de Lúculo, sobre la colina á que dan nombre; los de Salustio, en direccion al Quirinal; los de Torcuato, sobre el monte Celio; los de Assinio Pollion, fuera de la puerta Capena; los de Pompeyo, al otro lado del Tiber, cubiertos de plátanos, cuya sombra recomendaba Ovidio á los aventureros de amor; los de César, en la misma region, junto á los muros de la ciudad; los de Lucio y Cayo, en el Janículo; los de Agrippa, en el campo Marcio, y otros ménos espléndidos y famosos fueron parte de la grandeza material de Roma; el lujo desenfrenado que suponian, los vicios, de que era aquel lujo legítimo representante, apresuraron la caída del imperio: las maravillas del arte anuncian esta vez, como tantas otras, el reinado sombrío de las ruinas: donde crecen las flores más bellas y más extrañas del universo, nacerá pronto el humilde jaramago; en tanto la planta modesta de Santo Domingo, que oyó tantos coloquios de sabiduría y de santidad, se ostenta sana y vigorosa en la cumbre del Aventino.

Nada queda de los misteriosos bosques del Asilo, en el Capitolio; de Vesta, junto al Foro; de Strenia, al pié del Esquilino; de Libitina, al pié del Celio; de Furina, al pié del Janículo; de Marte, junto al estanque de Agrippa; de Lucina, en la ribera del Tiber, ni del bosque Sagrado, detras del mausoleo de Augusto; y sin embargo, sobre los escombros de las termas imperiales, en lo alto del Palatino, se balancean las palmeras del huerto de San Buenaventura, que riegan los pobres franciscanos, hijos de nuestro gran compatriota San Pedro Alcántara.

En aquella parte del Aventino, cerca de la altura en que

Remo tomó los auspicios malhadados, y de donde estuvieron el templo de Diana y de Juno y el *Armilustrum*, vivió en los primeros siglos de nuestra era un ilustre senador romano, Eufeniano de nombre, á quien Dios hizo merced de un hijo, cuyo mérito desconoció en vida, y á quien despues de la muerte llamó la Iglesia y llama la historia San Alejo. ¿Quién no ha oido acaso, en los años de la niñez, al amor del hogar, la interesante leyenda del jóven peregrino, que pasó diez y siete años recogido por caridad en el rincón de una escalera perteneciente al propio palacio de su padre? Aquel palacio es hoy la iglesia de San Alejo y el convento de padres somaschos; la escalera, guardada hoy con respeto en la nave izquierda de la iglesia, es la de la piadosa tradicion referida. La antigüedad de este templo y del anejo monasterio ha sido objeto de eruditas disquisiciones y controversias: un libro consagró en el siglo pasado el padre Félix Nerini para demostrar que su origen alcanza á la mitad del siglo v. Lo indudable es que la iglesia, inaugurada primero al culto de San Bonifacio, llevaba ya en el siglo x la advocacion de San Alejo: y que en la misma época existia el monasterio: la lápida sepulcral de Sergio, obispo de Damasco, arrojado de su silla por los sarracenos, y superior del cenobio de San Benito (año 981), lo declara terminantemente: en el siglo xiii el monasterio benedictino de San Alejo producía varones como San Adalberto, obispo de Praga y apóstol de la Bohemia, San Gaudencio, San Anastasio y San Bonifacio, apóstol de la Rusia meridional. En el siglo xv, por disposicion del Papa Martino V, á los benedictinos sucedieron los jerónimos en esta santa casa del Aventino: y un religioso español fué el primer prior, y como si dijéramos fundador, de la comunidad, que ha durado hasta el presente siglo; una antigua lápida de la iglesia contiene, en latin, la inscripcion siguiente: «Aquí yace el Reverendo en Cristo Padre Fr. Lупpo de Olmedo, de nacion español, resucitador y reformador y primer prepósito general de la órden de monjes heremitas de San Jerónimo, y prior de este monasterio, que murió el día 3 de Abril del año de J. C. 1433, del Pontificado de nuestro señor Eugenio Papa IV, año tercero.»

La tradición española ha durado en aquella iglesia y en aquel convento casi hasta nuestros días. El altar de la Confesion (debajo del cual se veneran los cuerpos de San Bonifacio, San Alejo y su madre Aglae), adornado con cuatro columnas de verde antiguo, mármol tessálico, y el altar de la imagen milagrosa, traída de Oriente á Roma en el siglo x, demuestran en la riqueza verdaderamente régia de sus adornos la munificencia y piedad de nuestro rey Carlos IV, que escogió esta bella situacion del Aventino y este monasterio, que pudiera decirse español, para construir á su lado un lindo palacio, que despues ha quedado á beneficio del mismo monasterio.

La iglesia de San Sabas, una de las veinte antiguas abadías de Roma; la de Santa Prisca, sobre el que fué templo de Hércules, insigne porque en aquel recinto administró San Pedro el bautismo á muchos convertidos por su palabra, segun se colige de la inscripcion en versos latinos puesta á la izquierda del altar mayor por el Papa español Calixto III; la de Santa María del Priorato de Malta, ó Santa María *Aventinense*, en la parte extrema de la colina, sobre las ruinas quizá del inmundo templo de la Buena-Diosa, con sus tumbas de grandes maestros y de priores de la orden Jerosolimitana y de otros varones preclaros, entre las cuales es de notar el sarcófago del obispo Spinelli, que fué quizá de algun poeta romano de los buenos tiempos de la escultura y de las letras, con bajo-relieves, que á su vez recuerdan el arte y la literatura de la Grecia: tales son los monumentos cristianos, que han reemplazado sobre las alturas del Aventino á los templos, los altares y los atrios de la antigüedad pagana.

Antes de asomarnos á las ruinas del Circo, testigo de prolongadas abominaciones, dejemos al espíritu reposar siquiera breves instantes á la sombra amiga de otras instituciones bienhechoras, dejemos á la vista descubrir otros muros, humildes sin duda, pero asentados sobre sólidos é indestructibles cimientos. Cerca de las termas Antoninianas, en la antigua via Appia, hay una iglesia modesta, que ocupa el espacio mismo donde muchos siglos hace se levantaba un templo de Isis; fué construida por los años 425, y una tradicion piadosa quiere

que el nombre de la *Fasciola* (la benda), que en lo antiguo tenía, se refiera á que en aquel mismo lugar, caminando hácia el suplicio los apóstoles San Pedro y San Pablo, cayó al suelo una de las bendas, que cubrian las heridas de San Pedro. Si éste no es el origen de la denominacion que el oratorio tuvo, prueba á lo ménos su antigüedad tan remota, que se avecina á los tiempos apostólicos. Traidos á esta iglesia los cuerpos de Flavia Domitila, ilustre mártir del tiempo de Domiciano, y de los Santos Nereo y Achileo, que reposaban en el cementerio de Santa Petronila, en la via *Ardeatina*, tomó la advocacion de dichos dos mártires, sin perder la de la *Fasciola*; y así, en el concilio romano, celebrado el año 498, hay presbíteros del dicho título de la Fasciola, y en el de 595 suscribe *Justinus Præbyter Sanctorum Nerei et Achillei*. En códices antiquísimos de la biblioteca Vaticana se conserva la Homilía xxviii de San Gregorio, pronunciada en la iglesia de Santos Nereo y Achileo. Fortuna grande es que todavía el peregrino cristiano pueda ver la silla de mármol, desde donde el gran Pontífice dirigió al pueblo su apostólica palabra: una mano ilustrada grabó en su respaldo, algunos siglos despues, con caracteres góticos, los primeros periodos de la Homilía.

La última restauracion verificada en éste, por tantos títulos venerable templo, corresponde á los últimos años del siglo xvi; desde entónces el nombre ilustre de Baronio va unido al de esta iglesia, de que fué Cardenal titular: la amaba tanto, se complacia de tal manera en los recuerdos y en las glorias que atesora, y se dolía tan amargamente aquel sabio purpurado de que el deseo, á veces excesivo, de restaurar y modernizar los monumentos antiguos borrara grandes bellezas y grandes datos históricos, que compuso é hizo poner en esta su iglesia de la via Appia una inscripcion sobre piedra, que dice así:

QUISQUIS ES, FUTURUS CARDINALIS SUCCESSOR,
OBSECO TE, PER GLORIAM DEI ET MERITA
SANCTORUM MARTYRUM, NIL MINUTO,
NIL DEMITO, NIL MUTATO, ANTIQUITATEM
PIÈ RESTITUTAM SERVATO, ET SIC TE
DEUS ADJUVET PER ORATIONES SANCTORUM.

En todos los monumentos de la antigüedad debiera haber una tan cariñosa y eficaz recomendación como ésta del Cardenal Baronio; y á la verdad que bien la merece el templo en que se conserva un mosaico del siglo VIII, que representa la Transfiguración de Jesucristo, insigne testimonio del estado de las artes en aquella época, y protesta oportuna contra el nestorianismo, que entonces divulgaba sus errores.

Los cuerpos de los Santos, que habían dado nombre á la Iglesia, no existían en ella desde tiempo de Gregorio IX, en que, por amenazar ruina el edificio, las reliquias fueron trasladadas á San Adrian, en el Foro. Baronio pidió y obtuvo la devolución á su iglesia de los mártires Nereo, Achileo y Domitilla, y los mártires tornaron, en efecto, á su antigua cripta, ofreciéndose con este motivo al pueblo romano y á la cristiandad un espectáculo, cuya descripción, hecha por los autores de aquel tiempo, interesa y conmueve. Se dispuso una verdadera pompa triunfal cristiana en los lugares mismos, que habían presenciado las pompas triunfales de los paganos. Roma entera asistió al paso de las santas reliquias por la vía Sacra y por los arcos de Tito y Constantino. El Capitolio y el Foro, vestidos de gala, vieron un cortejo sin esclavos y sin verdugos y sin enemigos destinados al sacrificio; oyeron cánticos, que nunca habían resonado en su recinto en los días de los cónsules y de los emperadores. Quizá algún antepasado de Flavia Domitilla triunfó en aquella misma región muchos siglos ántes. ¿Quién lo recuerda? ¿Qué ha quedado de su triunfo? En cambio las cenizas de la Santa mártir son honradas por las generaciones; ante su sepulcro se arrodillan los pequeños y los grandes; su nombre será inmortal como su gloria.

En las inmediaciones de las termas, que hemos visitado y del circo Máximo, cuyas escasas ruinas visitaremos, hubo en los tiempos de la república y del imperio otro gran monumento del lujo romano, que ya no existe sino en el recuerdo de los escritores latinos y en el nombre que tuvo la doce región de la ciudad de Augusto; llamóse ésta *Piscina pública*, del gran lago, que en aquel espacio, entre el Aventino y el Celio, servía para baños del pueblo y para ejercicios de natación. De la Piscina

pública hay noticias indudables hasta el siglo IV de nuestra era, en que el gran obelisco, traído por Constanzo (ahora en la plaza de Letran), fué trasportado al circo Máximo *per Ostiensem portam piscinamque publicam*. En la vía Appia existe aún una antiquísima iglesia con la advocación de San Sixto *in Piscina*, edificada indudablemente en las cercanías del lago famoso. Esta iglesia, cuyo origen se remonta más arriba del siglo V, pues en el año 499 hay ya noticias de Basso, presbítero del título de San Sixto, fué reconstruida por el Papa Inocencio III, y dada por su sucesor Honorio III á nuestro gran Santo Domingo de Guzman, que allí estableció la orden y permaneció algún tiempo hasta su traslación á Santa Sabina, quedando por entonces en San Sixto comunidad de religiosas, que luego, en tiempo de Pío V, pasó al monasterio de Santos Domingo y Sixto del Quirinal; pues quiso aquel santo Pontífice dominicano que los padres de su orden volvieran á la antigua casa é iglesia de la vía Appia, cuna, puede decirse, del instituto y primera morada de Santo Domingo. En el siglo XV fué titular de esta iglesia, y la restauró casi de fundamentos, el Cardenal español Pedro Ferriz, obispo de Tarazona, protector de la orden dominicana, cuyo sepulcro puede verse en el pórtico interior del convento de la Minerva: la inscripción latina, grabada en su pedestal, dice que los Papas Paulo II y Sixto IV de tal modo estimaban los talentos y cooperación en el gobierno de la Iglesia del purpurado español, que le llamaban su mano derecha. Murió en 1478.

V.

A la falda septentrional del Aventino se ven los últimos restos de un monumento, que abraza, puede decirse, toda la historia de Roma; es un monumento que precede al Foro y sobrevive al Foro; comienza con Rómulo y acaba cuando acaba el imperio. Se llama el circo Máximo. A medida que el pueblo

crece, el circo crece; cuando el pueblo romano empieza á decaer, el circo sigue creciendo; el poder de los Césares se debilita, se hunde, y el circo prospera. El circo es, pues, la síntesis del progreso de Roma desde el robo de las sabinas hasta la invasión de los bárbaros.

Allí estuvo: entre el Aventino y el Palatino, en el antiguo valle de los Mirtos, Rómulo ofrece á su naciente pueblo los juegos que del dios Conso (Neptuno) se llamaron *Consuales*: más adelante los reyes de raza etrusca darán cierta regularidad á estos espectáculos. Tarquino traerá de su país caballos y luchadores, y hará el primer ensayo de un circo sencillo y modesto, pero permanente: los mirtos y laureles de la floresta cederán el suelo á toscos parapetos de madera, y proveerán de gruesos troncos, que sirvan de meta, al rededor de las cuales (*circum*) se verificarán las carreras y los juegos, que tendrán, por tanto, el nombre de *Circenses*.

Remóntase, pues, el origen del circo á Tarquino Prisco, es decir, á la primera mitad del siglo II de Roma (seis siglos ántes de la era cristiana). Por un espacio de más de 400 años este circo fué el único de la ciudad. A contar desde el siglo VI de Roma, es decir, desde los buenos tiempos de la república, la afición á los circos se desarrolla hasta degenerar en verdadera locura. Al circo del valle Murcio, que es y será *Máximo* por sus proporciones y por los juegos, que en él se dan, han de añadirse pronto el de Cayo Flaminio, y en los últimos días de la república el de Flora y el de Salustio. Bajo el imperio surgirán el circo de Neron, en los jardines Vaticanos, á que sirvió de principal adorno el obelisco de la plaza de San Pedro; el circo de Adriano, en los huertos de Domicia; el de Eliogábalo, en los jardines Varianos; el de Alejandro Severo, en sus propios jardines, y el de Rómulo, hijo de Magencio, en su villa suburbana, cuyas ruinas podemos aún visitar á la izquierda de la via Appia. Nueve circos y tres anfiteatros, tres teatros y dos naumachias tenía Roma cuando perdía la capitalidad del moribundo imperio, y el trono de sus Césares era llevado á las orillas del Bósforo.

Todas las instituciones romanas, por vigorosas que amanez-

can, se debilitan y desfiguran poco á poco: el circo ofrece el fenómeno contrario. Si en los tiempos de la república da cabida á 150.000 espectadores, Plinio lo verá ocupado por 260.000, y al declinar del imperio, cuando comienza la despoblacion de Roma, 380.000 romanos llenarán el circo Máximo. Podrán los cónsules, podrán los emperadores mirar con indiferencia otros altos intereses del pueblo-rey; pero el circo tiene el raro privilegio de que todos los poderes á porfía se apresuren á mostrarse solícitos, y áun fanáticos, por su prosperidad y su embellecimiento: todo el secreto de la política, la razon de estado, se encerraba en tener contenta á la muchedumbre. Parece imposible que al cabo de diez y ocho siglos tenga todavía discípulos aquella escuela infeliz, desacreditada por la historia, por la justicia y por el sentido comun.

A César corresponde, puede decirse, la más grandiosa reforma del Circo. César atendía con preferencia á restaurar los monumentos de la época de los reyes: como aquél era el término de sus aspiraciones, quería llegar á él levantando los escombros que encontraba en el camino. *Circum Maximum á Cesare dictatore extractum*, dice Plinio.

El Circo tenía forma oblonga, oval en una de las extremidades, y ménos curva en la otra: César lo extendió á las dos extremidades, dándole una longitud de dos mil trescientos piés, y una anchura de más de nuevecientos: al oriente termina en hemiciclo: al occidente en una línea ligeramente arqueada. Sus murallas estaban en pórticos superpuestos. Su interior era magnífico é imponente; rodeábanlo numerosas gradas de piedra en tres órdenes, ó *præcinctiones*: el último de estos cuerpos de edificio descansaba en una gran galería, sostenida por columnas, cubierta al exterior, y que servía á la vez de corredor y paseo.

Julio César hizo abrir un ancho canal, de diez piés de profundidad, entre las gradas y la arena. Este canal (*Euripe*), cuyo objeto era proteger á los espectadores contra todo peligro, tenía en toda su extension una verja metálica. Al Occidente están las *cárceres*, doce estancias de donde salen los carros y caballos de los juegos. Las torres, que se alzaban sobre la ex-

tremidad correspondiente á las cárceles, daban al edificio el aspecto de una fortaleza. En la direccion longitudinal del Circo, pero un tercio más corta que el Circo mismo, habia una especie de muralla estrecha, alta como de once piés, llamada *Spina*, que, dividiendo la arena en dos, marcaba en ambos lados el espacio libre para las carreras. La *Spina* era uno de los grandes adornos interiores del Circo: varios templetos, ó *ediculas*, de mármol y marfil, contenian á lo largo de aquella muralla estatuas de bronce y altares suntuosos de várias divinidades, entre los cuales eran de notar el de Vénus Murcia y el del Sol: en el centro se levantaba un magnífico obelisco egipcio, de granito oriental, que un tiempo estuvo junto á la puerta del templo de Eliópolis, y hoy en la plaza del Popolo guarda una de las entradas de la Roma cristiana. Otro obelisco vendrá más adelante á embellecer la arena del Circo Máximo; pero no serán ya muchos los juegos que presida. Mejor destino le aguarda alzándose á la voz poderosa de Sixto V, delante de la Basílica de Letran. Sobre dos pequeños pórticos de bien labradas columnas se veian, en uno los siete delfines, en otro los siete huevos que servian para ir señalando cada una de las siete carreras que constituian el juego: cada vez que los carros llegaban á la *meta* (especie de pequeños obeliscos de madera, en número de tres, y colocado de frente sobre un pedestal comun), se quitaba un delfin ó un huevo: así el público sabía á todo momento los *lances* terminados y los que faltaban. Siendo, pues, ciento los carros que debian correr en cada funcion, y cuatro los que entraban en cada *suerte*, y siete vueltas las que éstos debian dar al rededor de la arena, puede bien creerse que pasaba de doscientos veinte el número total de kilómetros que se recorrian en las catorce ó más horas que el espectáculo duraba.

Augusto agrandó el Circo, que Casiodoro llamaba ya *inmensa moles firmiter præincta montibus*: estableció la policía y gobierno de los juegos, separando las clases y los sexos y hasta las edades, aumentó la consignacion y los alicientes para este servicio público, y vió, en fin, realizado el propósito de que el pueblo romano se olvidase de la dignidad que perdía en

cambio de las diversiones que gozaba: entónces fué cuando Juvenal escribió su sátira famosa, especie de epitafio, no ya de la república, sino de la grandeza y de las tradiciones de Roma. El que era árbitro en otro tiempo del imperio y de las dignidades y de las legiones, ahora sólo desea pan y circo; frase profunda, que nuestro Jovellanos traducirá con una pequeña variante para aplicarla al pueblo de San Quintin y de Pavía.

..... *Nam qui dabat olim*

Imperium, fasces, legiones, omnia, nunc se
Continet atque duas tantum res anxias optat:

PANEM ET CIRCENSES.

Calígula hizo pintar, de bermellon unas veces, de esmalte verde otras, la arena del Circo.

Neron llevó su delirio por este espectáculo hasta el punto de bajar él mismo á la arena y tomar parte en los juegos como el último de los aurigas.

Trajano reparó y agrandó el Circo, poniendo á la vista de todos el palco imperial, que ocupaba un vasto espacio reservado hácia la parte del Palatino; rasgo de augusta democracia, que valió muchos aplausos al emperador español.

Caracalla renovó y aumentó las puertas para comodidad de los espectadores, cuyo número crecía á proporcion que el imperio bajaba.

Eliogábalo llenó de vino el gran canal abierto entre la arena y las gradas.

En los tiempos de Probo se improvisa una floresta, un verdadero bosque de árboles seculares trasplantados, y se traen millares de animales, para que el pueblo se divierta en una inmensa cacería libre, por espacio de un dia y de una noche.

En el siglo v el Circo llega á su mayor apogeo, y la Roma de los Césares á su mayor desdicha. El circo, dice Amiano Marcelino, es para los romanos el templo y la casa: el lugar donde se reunen y el lugar donde se acuestan. Acostados en el Circo los romanos, fueron á despertar en poder de los bárbaros del Norte.

Para formar idea de las fiestas y espectáculos, y hasta de